

1/17263

Leg. 30.

PAP.
REG.

LA REVOLUCION

ACTUAL

~~LVI~~
~~A-134~~

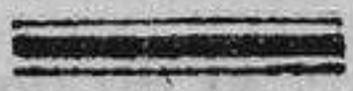
DE ESPAÑA,

17263

BOSQUEXADA

POR D.^N FRANCISCO

MARTINEZ DE LA ROSA.



GRANADA

EN LA IMPRENTA DE EJERCITO.

AÑO DE 1813.

LA REVOLUCION

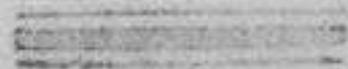
ACTUAL

DE ESPAÑA

BOSQUEJADA

POR D. FRANCISCO

MARTINEZ DE LA ROSA



GRANADA

EN LA IMPRENTA DE EJERCITO.

AÑO DE 1813.



LA REVOLUCION

ACTUAL DE ESPAÑA,

BOSQUEXADA

POR D. FRANCISCO MARTINEZ
de la Rosa.

Nulla enim nobis societas cum tyrannis.

Cic. de offic.

ÉPOCA PRIMERA,

Desde el principio de la insurreccion hasta
la instalacion de la primera Regencia.

ADVERTENCIA.

Por los meses de febrero y marzo del año de 1810, trazé este bosquejo de la *Revolucion Española*; en aquella época de tribulacion y amargura, en que se vián cerradas todas las sendas de la salvacion de la Pátria, y no se columbraba, ni á lo lexos, ningun vislumbre de esperanza; quando España toda parecía sitiada en los estrechos muros de Cádiz, y destruidos sus exércitos, y regida por un gobierno vacilante y caedizo, sentíase sin fuerzas para librar del yugo enemigo ni la menor aldea de la península, al paso que veía escaparse de su incierto imperio las ricas posesiones de ultramar; en aquellos dias, los mas aciagos para los amantes de la justa causa, emprendí esta composicion, que imprimí despues en Londres, en los Núms. 7.º y 8.º del Español, periódico publicado en aquella Capital. Llena mi mente de profundas reflexiones, á que me llamaba la melancolía de mi corazon, hallaba una especie de consuelo en me-

ditar sobre el rumbo de nuestra revolución, en recorrer sus vicisitudes, y notar los desaciertos de los varios gobiernos, que á tan estrecho apuro nos reduxeran; y como nunca desconfié, mas por presentimiento que por raciocinio, de que al cabo habia de respirar mas libremente la patria, creí un deber mio ofrecer á mis compatriotas esta sucinta historia de la revolución, para que sirviéndoles de leccion y escarmiento, no dexasen en adelante oprimir su libertad, sin la qual les seria imposible rescatar la independendencia. ¡Quán grato me es ahora, al reimprimir mi opúsculo, al cabo de tres años, ver acreditados mis pronósticos, casi satisfechas mis esperanzas, y afianzada en la celebracion de Córtes la certidumbre de nuestra salvacion! El deseo de manifestar, que siempre han sido los mismos mis sentimientos y mis principios políticos, me ha retraído de hacer la menor variacion ni enmienda en este ensayo histórico; y así, lo presento al público, de la manera que se halla en el periódico mencionado.

acaloradas. Quédese para un talento profundo, bastante á tanta empresa, abarcar la muchedumbre de acontecimientos, que unidos en una cadena prodigiosa, componen la historia de la época actual de España; aunque quizá no es dado á los que vivimos en medio del torbellino de los sucesos, del tumulto de las pasiones, y del contraste de intereses opuestos, pintar este quadro magnífico, con el colorido que le corresponde, y que sabrá darle la posteridad, siempre mas imparcial y justiciera. Nuestro es, sin embargo, dexar á nuestros descendientes los materiales reunidos, para obra de tanta importancia; y mucho mas, quando la pretension injusta de la usurpacion, favorecida por el poder excesivo, que oprime á la Europa, procura sufocar la voz de la verdad, y oscurecer con las malas artes de la impostura los esfuerzos de una nacion magnánima, que pelea por su independencia.

Movido, pues, de estas exâctas con-

*sideraciones, creo de la obligacion de
 quantos estan por la causa de la justicia,
 ponerla á cubierto de los tiros de la ca-
 lumnia; y con este objeto, y el de des-
 ahogar los sentimientos de mi corazon,
 he bosquejado, en breves dias, la actual
 revolucion de España. Como nunca he si-
 do de opinion, de que se obsequia á la
 patria, procurando colorear sus desacier-
 tos, y adulterar los hechos, para pre-
 sentarlo todo á su favor; he juzgado, que
 el medio de realzar mas las imposturas
 del enemigo, es dar una relacion inge-
 nua y modesta de nuestras faltas y vir-
 tudes, que no pueda ménos de interesar
 á todos los hombres de bien. Y no sien-
 do mi objeto escribir una historia, y mé-
 nos una historia militar, no habrá que
 buscar en esta obra la descripcion de su-
 cesos y batallas, ni aun mencion de cien
 encuentros en que ha triunfado el valor
 nacional; solo aquellos hechos notables,
 que mas relacion hayañ tenido con el cur-
 so de la revolucion, y con las causas*

políticas y morales que han influido en ella, serán los que merezcan una rápida narracion. En una palabra, no he procurado mas, que copiar con lisura y candor el juicio que he formado sobre la revolucion presente, buscando solo claridad y concision, y llevar á la verdad por guia. Los que no asintieren á mis opiniones, harán justicia á mis buenos deseos; los que se acomodaren á ellas, dirán, al concluir la obra: esto mismo ya lo sabíamos nosotros.

políticas y morales que han influido en
 ella, y de las que interese una
 fidedigna noticia. En una palabra, no ha
 procurado más, que copia con suma
 exactitud el juicio que se formaba sobre la
 resolución presente, buscando solo claridad
 y verdad, y hacer de la verdad por
 guía. Por esto no pretendo de mis opiniones,
 haber justicia de mis buenas ideas; lo
 que se recomienda a ellas, dirán, el
 común de los ojos: esto mismo ya lo
 llamamos nosotros.

Harto sabidos son por nuestro mal, los progresos de la tiranía en España, desde que destruidas, en el siglo decimo sexto, la imperfecta representacion nacional, y la autoridad de los señores, que ponian coto al poder de los Reyes, no conoció este ni respeto ni lindes. De entónces acá, afirmándose de dia en dia el poder absoluto, y acrecentándose, à medida, la inmoralidad y abatimiento de los pueblos, cayó España en aquel estado de postracion, hijo siempre de la servidumbre, y siempre precursor de la ruina de las naciones. Sin idea, siquiera, de libertad política, vejado de mil maneras en su libertad civil, empobrecido y oprimido, el Español no tenia patria; á no ser, que igualando al hom-

bre con los árboles , llamemos su patria al terreno donde nace , y que lo sustenta.

Llegaron á colmo nuestros males , baxo el último reinado ; y mil síntomas funestos anunciaban que no estaba muy léjana la ruína de una nación , destinada por la naturaleza á emular á las mas poderosas y opulentas. A tal extremo conducen á las naciones el olvido de su dignidad , y el abandono en manos ajenas de sus propios derechos. Ciegos , en tanto , sobre el precipicio en que íbamos á despeñarnos ; prefiriendo una aniquilacion lenta , baxo la tirania , á los esfuerzos costosos de la libertad , y anteponiendo la dañosa alianza con la Francia , á tomar parte en las guerras del continente ; ni osábamos rescatar nuestra libertad , ni nos inquietaba el peligro de perder nuestra independendencia.

Mas acaecida , por fortuna , la revolucion memorable de Marzo de 1808 , quando la fuga de nuestros Reyes iba á

dexarnos en horfandad, y entregados á merced de los exércitos extranjeros, que habian ocupado nuestras plazas fuertes, y penetrado hasta el corazon mismo de la Monarquía; vimos con el gozo mas cumplido, pasar el cétro de una mano débil, y que no era parte á salvarnos, á las de un Príncipe, querido de la nacion con aquel amor tierno, que produce el ser compañeros en la desgracia y la opresion, y el ver padecer á la inocencia.

Entregados totalmente á gozar de la felicidad presente, y halagarnos con las mas lisonjeras esperanzas para el porvenir, descansábamos en las repetidas palabras del nuevo Monarca, que nos ofrecia con su coronacion, doblar los lazos de amistad, que unian á nuestra nacion con la francesa; amistad comprada con tanta mengua, conservada á costa de tantos sacrificios, y sellada con la sangre de nuestros guerreros, ya combatiendo sobre los mares, ya trasplan-

tados á guerrear á orillas del Báltico, por sostener ajenas pretensiones.

Aumentábase la confianza de la nación, con el buen concepto, que generalmente tenia formado de Bonaparte; el qual, receloso de que descubriesen su torcido intento, repetia, á medida que avanzaban sus tropas, las protexas de amistad y los juramentos de alianza. ¡Cómo sino hubiera que temer perjurios y alevosías, de quien, sin mas regla que su ambicion, habia desquiciado tantos tronos, y esclavizado tantas naciones! Hija era esta ciega confianza de la honradez y generosidad castellanas, incapaces de sospechar, que un negro crimen fuese el premio destinado á la fé mas sincera y los mayores servicios; hija era tambien, de que habiendo estado en España sujeta la imprenta á la mas dura opresion, no se tenian generalmente mas ideas, sobre los acontecimientos sucedidos en Europa, durante la última época, que las recibidas por los periódicos fran-

ceses. De aquí las ideas adulteradas de los sucesos ; el creer que estaba siempre la justicia del bando de la Francia ; y el ver con gozo crecer sus conquistas, y afianzarse con ellas el celebrado sistema , que habia de poner término á todos los males con la paz general , y la prosperidad de las naciones.

Que no es (y séame lícito notarlo en este lugar) la causa ménos principal del engrandecimiento de la Francia , desde su revolucion acá , la manera insidiosa con que ha corrompido la opinion de los pueblos , introducido la desunion en los ánimos , y desarraigado su amor á la patria , con agravar el sentimiento de los abusos que sufren , y lisongearlos con promesas de reformas y felicidad. Asi es, como los Monarcas que han regido en esta época , cortando la libre comunicacion del pensamiento, y oprimiendo á los pueblos , han dexado indefensa su independencia , y socavado los cimientos de su mismo trono.

El que subió á ocupar Fernando séptimo , hubiérase desplomado baxo su débil Padre ; pero con la feliz revolucion de Marzo , y las esperanzas que librábamos en las virtudes de aquel Monarca, se afirmó de nuevo , sobre el amor de los pueblos , único apoyo capaz de sustentarlo , en medio de la récia tempestad que lo amenazaba , y que creíamos alejada con la coronacion del deseado príncipe.

Hubimos , empero , de desengañarnos , quando atraído pérfidamente del otro lado del Pirinéo , y arrancado el infame Valido de los brazos de la ley , que se aprestaba á su castigo , vimos con asombro declararse su protector el mentido Héroe de Europa ; sembrar con las intrigas mas rastreras la discordia en la real familia ; y atentando contra nuestra independendencia nacional, comenzar à ensayarse en los actos de soberano.

Tan féo era el delito que ya se columbraba , que apenas podíamos creer,

cupiera en un Monarca célebre mancharse, á un tiempo mismo, con la mas negra ingratitude, y el desprecio mas deshonesto de los pactos sagrados, que sirven de fundamento à la sociedad de los hombres, y al trato recíproco de las naciones.

¡ Quál fué nuestra amargura, qual nuestra indignacion, quando disipadas las dudas, escuchamos amenazar como conquistador al que abrimos los brazos como amigo; y lo vimos cautivar á nuestros Príncipes, refundir la voluntad general de España en su propio alvedrio, prometernos constitucion y leyes, y ofrecer nos á un Monarca de su familia, como el complemento de la felicidad! Perdidas las esperanzas lisongeras, holladas la dignidad nacional, la amistad y la buena fé; usurpado el trono, amagado el altar, escarnecidos nuestros usos é instituciones por la procacidad de los pérfidos, hubiera sido el colmo de la vileza de una nacion sufrir tales insultos y violencias.

No habia que temerlo de la española : tres siglos de despotismo , mas ó ménos acerbo , la relaxacion de costumbres , y la disolucion de casi todos los lazos que unen al ciudadano con el estado , no habian sido bastantes á destruir en los Españoles aquel sentimiento de propia dignidad , aquel amor á la independenciam y aversion al yugo extranjero , que duran mucho tiempo , despues de perdida la libertad. Asi es , que la España oponia una resistencia moral á los ambiciosos designios de Bonaparte que este no supo al principio prever , y cuya fuerza ni ha calculado despues , ni aun todavia conoce.

Acostumbrado solamente á insultar á gobiernos débiles , y á naciones en el último punto de abatimiento , creyó que el silencio terrible , que guardó España por algun tiempo , era hijo del terror , que le habia infundido ; aceleró con imprudencia los sucesos , y confiado demasiadamente en el poder de sus alhagos

y de sus amenazas, no conoció que teníamos sobrado carácter, para dar entrada al temor, y que habia sido harto cruel el desengaño reciente, para fiarnos de promesas.

Inútiles fueron todas las arterías, de que se valieron los pérfidos, para disfrazar sus intentos; la circunspeccion y gravedad españolas ofrecian, cada vez, mayores obstáculos á la seduccion, que en vano se esforzaba por desunir la opinion pública, y apoyar la pretension de la injusticia en un partido nacional. Crecia el descontento en la capital y las provincias; y un silencio amenazador daba muestras del mal reprimido enojo. Llega, en fin, el terrible dia dos de mayo, preparado, ó deseado, al ménos, por nuestros enemigos, que ansiaban una oportunidad de desplegar su poder, y de oprimir al pueblo con rigor inflexible; creyendo sobrecoger con el terror á la corte y á las provincias, (como les habia sucedido en otras naciones) y que á cos-

ta de algunos asesinatos, lograrían desvanecer qualquier recelo, que pudiese inquietarlos.

Las injurias y las mas duras amenazas sucedieron al derramamiento de la sangre inocente; y la triste relacion de lo acaecido, y los atroces bandos del gefe de los enemigos, extendieron por toda la Península el deseo de venganza, y dieron la señal de la guerra.

Solo al sacudimiento súbito de un terremoto, es comparable el movimiento de insurreccion, que casi en el mismo dia, y conmovió todos los puntos de esta vasta Monarquia, y se comunicó de uno en otro pueblo con la misma velocidad que los estremecimientos de la tierra. Este es uno de los fenómenos mas admirables de nuestra revolucion, y que prueba hasta la evidencia, quan expresa era la voluntad general de la nacion, á favor de su independencia. En el mismo momento, sin premeditacion, ni designios anteriores, resonó el grito veng-

dor por todos los ámbitos de la Península, que ciñen ambos mares ; y como si no bastara esta uniformidad portentosa, para legitimar nuestra causa, quantos hermanos nuestros pertenecen à esta gran nacion, así en las islas adyacentes como en las costas africanas, ya en los inmensos términos del nuevo mundo ; ya en el Asia remota, unieron despues sus votos á los nuestros, y fueron en nuestro socorro, quanto les permitieron las circunstancias.

Esta union íntima, (que nunca ha sido desmentida en tan larga lucha, sino á impulso de la violencia.) mostró desde el principio, que la voluntad general estaba decidida por la causa de la razon ; y que una guerra, realmente nacional, iba á detener el ímpetu de un conquistador, que nunca habia hallado obstáculos á sus fáciles triunfos.

Otro fenómeno, digno de notarse, es que en todas las ciudades, en todos los pueblos, comenzó el movimiento de

la insurreccion por las clases inferiores de la sociedad, que parecian las menos interesadas en la suerte de la nacion. Esta parte la mas sana de la sociedad, puesta á cubierto por su vida laboriosa y su pobreza, de la suma corrupcion de costumbres, y del contagio de ideas perjudiciales; libre por lo tanto, del deseo peligroso de mudanzas; apegada á los antiguos usos; amante de sus Reyes y de la religion santa de sus padres; ni podia ser detenida en su impulso por las sugerencias del egoismo, que las clases opulentas suelen apellidar malamente prudencia, ni ser corrompida con promesas seductoras, ni arredrada por los peligros.

Pero, sin gefes, sin armas, sin medios, ocupadas traidoramente las fortalezas, invadidas las provincias, y avanzando ya las tropas enemigas ácia los confines de la Monarquia; ¿qué le quedaba á España? La fortaleza de la virtud; la desesperacion del heroismo. Tan cierto es,

que la declaracion de guerra contra la Francia, no fué nacida de las intrigas y la seduccion; sino aquel grito involuntario de indignacion, que arroja el hombre honrado, al verse sorprendido por un asesino alevoso.

Estaba reservado à Bonaparte llamar rebellion de bandidos al levantamiento de toda una nacion, en defensa de sus derechos y de su legítimo monarca; y atribuir à la corrupcion y al oro de la Inglaterra, el movimiento simultáneo de once millones de habitantes. No le bastaba pretender cautivar con alevosia à una nacion tan generosa; habia menester aun presentarla à las demas naciones, como empeñada en sacrificarse, por sostener la supersticion y los envejecidos desórdenes; y como instrumento ciego de los facciosos, y de un gabinete perturbador de la tranquilidad. Pero si no son suficientes para desmentir tan negras calumnias, la uniformidad de sentimientos que manifestó la nacion, y la falta de pre-

meditacion, con que se arrojó á la venganza; si no es suficiente el reflexionar, que el movimiento de la insurreccion fué comunicado por el comun del pueblo á las clases privilegiadas, que se supone lo seduxeron, para que defendiese sus prerrogativas; demos por testimonio de nuestra inocencia, esa constancia inalterable, con que hemos contrastado la adversidad por cerca de dos años; constancia, hija solo de la justicia, y propia solamente de una nacion, digna de ser libre.

Esa virtud, que forma la base de nuestro carácter, y es el distintivo glorioso de nuestra revolucion, no es la única que ha manifestado la nacion Española: ¿ha habido otra, que precisada por las circunstancias, á exercer por sí misma la potestad soberana, só pena de perder su independendencia, se mostrara nunca mas circunspecta y moderada?

Testigos fuimos todos de sus virtudes en los primeros dias de la revolucion;

testigos de unas virtudes, que mal podrían esperarse de una nación, que sacudía por primera vez sus miembros oprimidos, en el transcurso de tres siglos, con las ligaduras de la tiranía. Las propiedades públicas y particulares fueron respetadas, la tranquilidad de los pueblos prontamente restablecida; y templado hasta en los actos mismos de su venganza (injusta á veces, por necesidad,) no se manchó el pueblo español con los crímenes, que deshonoraron la revolución de esa nación vecina, que tanto se jacta de humana. Y si en algun pueblo hubo malvados, que se entregasen á los delitos, puestos todos los ciudadanos del bando de la ley, aseguraron su imperio, y halló el crimen pronto castigo, quando á la sombra de los tumultos se lisongeaba de la impunidad. ¡Exemplo extraordinario en las revoluciones de las naciones, y que manifiesta la docilidad y cordura del pueblo español!

Nuevas pruebas dió, de estas virtudes,

quando en el acto de recobrar la plenitud de sus primitivos derechos, conoció que no podía ejercerlos por sí mismo, ni un solo momento, sin exponerse á los desórdenes de la licencia y la anarquia; y sometiendo dócilmente el cuello al yugo de la ley, creó, en el instante, un gobierno interino, que asegurase la tranquilidad interior, y lo librase del inminente riesgo de la invasion.

Ocupadas la Corte y varias provincias, amenazadas otras con el enemigo á las puertas, y cortada la comunicacion entre ellas; cada una hubo de elegir por sí una autoridad soberana. Tal fué el origen de las Juntas Provinciales, nombradas por cada Capital, con mayor ó menor solemnidad, segun la premura del tiempo, la urgencia del peligro, y circunstancias particulares. Establecimiento, legítimo en su principio, pues que lo autorizó la executiva lei de la necesidad y de la salvacion de la patria, que es

la primera de todas , y el consentimiento espontáneo de los pueblos.

La creacion de estas Juntas fué otra prueba de la verdad , nunca bastantemente repetida, de que casi todos los hombres, en las mismas circunstancias, obran de la misma manera. Era natural, que con el escarmiento reciente , casi todos los pueblos desconfiasen de los gefes que los regian ; de aquí el deseo general de mudar de gobierno ; tanto mayor, quanto las circunstancias extraordinarias parecian exîgir esta mudanza. Pero hubiéralos parecido arrojo temerario , depositar todo el mando en manos de uno solo; pues los desengaños hacen cautos á los hombres , y aun recelosos en demasía: asi es , que eligieron un gobierno, compuesto de muchas personas , nombradas casi todas entre aquellas clases, que acostumbraban á ver en posesion del poder y la autoridad. Nuevo testimonio de lo que puede en el pueblo el influxo de los hábitos ; y de que , aun en aquellas

ocasiones en que pudiera abusar de su poder, muestra comunmente una moderacion y un desprendimiento increíbles.

Una vez formadas las Juntas Provinciales, y asegurada la tranquilidad interior, comenzóse á tratar de dar direccion al impulso general de todas las clases, que unian sus deseos y sus esfuerzos, para rechazar al enemigo, que por todas partes amenazaba. Nacion ninguna se ha levantado del abatimiento de la esclavitud, mas enérgica y magestuosa; ninguna ha desplegado mas virtudes en la feliz aurora de su independendencia. Parecian extinguidas todas las pasiones, condenados para siempre el egoismo y la avaricia, rotas las barreras que separaban á unos ciudadanos de otros, desterrados los odios particulares y los zelos de gerarquía; y unido el ciudadano al ciudadano, y estrechados los lazos de amistad por el comun peligro, un mismo sentimiento animaba todos los corazones; unas mismas voces salían de to-

dos los labios ; armábanse todos los brazos con el mismo deseo de venganza. Viéronse en práctica , en aquella época, los modelos de virtud sublime, que creyéramos apénas en la historia de Atenas y Roma : quien ofrecia á la patria sus bienes ; quien su propia vida ; qual , á sus mismos hijos , por vedarle su cansada edad correr á la pelea ; y si alguna pasion delincuente intentaba perturbar este concierto unánime de voluntades y de esfuerzos , el aspecto terrible y sombrío que conservaba el pueblo , y que le es tan propio , quando acaba de recobrar su libertad , aguijaba á los perezosos , fortalecia á los débiles , enfrenaba la ambicion de los mas osados ; y uniendo en un solo punto las fuerzas de todos los miembros del Estado, las impelia con mas violencia contra el enemigo comun.

Exâgerada pareceria esta pintura , si las extraordinarias victorias que alcanzamos , en aquella época , no fueran la confirmacion mas evidente de las vir-

tudes, que con tanta gloria mostramos. Rechazados los enemigos en Valencia y Zaragoza; acosados por todas partes en Cataluña, y encerrados en las plazas fuertes; contrastadas sus huestes en Castilla; rendidas cobardemente en Andalucía; la Europa los vió asombrada refugiarse á las faldas del Pirineo, y los escuchó confesar, mal de su grado, nuestros triunfos y su ignominia.

Leccion provechosa para las demas naciones, que no pudieron ménos de avergonzarse, al comparar su flaqueza con nuestro heroismo; leccion provechosa para España, que nunca debió desviarse de aquel sendero, que la habia conducido á la victoria. Confirmáronse, en efecto, los principios de política, tenidos en este siglo de envilecimiento de los pueblos, por teorías impracticables, y delirios de los filósofos. Tales son las máximas, sobre la fuerza moral de las naciones, y la resistencia insuperable que ofrece su voluntad unida á los designios

de los tiranos : tales son las verdades, ahora mas que nunca comprobadas , de que son inagotables los medios de una nacion , para defender su independendencia; y que nada valen contra ella los exércitos de los conquistadores , como continúe decidida á ser libre.

España se mostró digna de serlo ; España reprehendió con sus triunfos á las demas naciones : ¿porqué olvidó , tan en breve , que los debía solo á sus virtudes? Repitámoslo una y otra vez : el amor patrio que reprimió á la avaricia , al egoismo , y á las demas pasiones mezquinas; la union de todos á un fin , que reduxo al silencio las pretensiones particulares de provincias , de cuerpos y de gerarquías ; aquel sentimiento de igualdad, que confundió en las filas de los exércitos al rico y al indigente , al noble y al plebeyo ; la actividad y energía de los que mandaban , y la docilidad y celo de los que habian de obedecerles ; el entusiasmo general , que salvaba los obstá-

culos, y vencía todas las dificultades; estas son realmente las causas, á que debimos aquellas extraordinarias victorias, apénas admiradas quando estábamos en la embriaguez del triunfo, tenidas ahora por un prodigio, y que debieron conducirnos al término deseado, si bastara un escarmiento, para enseñar á las naciones á ser prudentes, y curarlas de sus antiguos vicios.

España aun conservaba todos los de la esclavitud, aunque ahogados, momentáneamente, por el odio general á nuestros enemigos, y el riesgo de ser sojuzgada por ellos. Mas alejado este peligro por las victorias conseguidas, debimos prever lo que habia de sucedernos. Son muy contínuos los esfuerzos que la virtud ordena, y muy costosos los sacrificios que exige la libertad; y una nacion, acostumbrada á yacer en el último abandono de la esclavitud, por cerca de veinte años, no podia, sin estímulos activos, continuar en su ardua empresa con

la misma energía, con que la habia comenzado.

En vez de estos estímulos, tanto mas necesarios, quanto es nuestro carácter ser inalterables en la desgracia, pero poco activos, y confiados en demasia, quando la fortuna nos protege; no se procuró presentar continuamente el peligro, à la vista de la nacion, y hacerle comprender, que con tan prósperos sucesos no se habia hecho mas, que sentar la primera piedra del edificio de nuestra independencia. Por el contrario, los escritos públicos favorecieron la creencia vulgar de que ya estábamos casi redimidos, y de que aterrado el usurpador, osaria apenas volver à hacer algunos esfuerzos impotentes. El pueblo, con la memoria de los recientes triunfos, y sus cortas ideas sobre la situacion política de Europa, y las fuerzas de su adversario, se dexó halagar con ideas lisongeras; y los que veian los objetos, tales quales eran, no pudieron hablar del peligro, y amenazar con

un desengaño sensible, sin exponerse á ser tenidos quizá por traidores, ó al ménos, por tímidos y púsilánimes.

De aquí nació aquella confianza extremada, que entibió entònces los ànimos, y debilitó nuestros exfuerzos; y que despues nos ha puesto varias veces en la linde del precipicio, de que nos ha librado nuestra constancia sin exemplo. Al abrigo de confianza tan imprudente, empezaron á resucitar las pasiones, amortiguadas antes por la proxîmidad del peligro: la avaricia, la flaqueza y el egoismo pintaron como extremados los esfuerzos vigorosos; y las disposiciones enérgicas, como medios violentos y tiránicos; y la nociva aficion á preeminencias y prerogativas empezó á clamar por sus envejecidos abusos, que llaman descaradamente sus derechos.

Dividido, á la sazón, el régimen de la monarquía en tantos soberanos, quantas son sus provincias, fué fácil adivinar, que si no se daba un centro al poder, fal-

taria la uniformidad de movimientos y la combinacion de planes, mas que nunca necesarias, en unas circunstancias, en que pendia la salvacion, de la actividad y energia. En una nacion sin constitucion, donde muchas autoridades no tienen demarcadas exâctamente sus facultades, y en la que se habia depositado la potestad suprema en la Junta de cada provincia; (especie de gobierno nacido de las circunstancias, legitimado por ellas, y desconocido, hasta ahora, entre nosotros;) era muy temible, que la competencia de autoridades entorpeciese nuestros pasos ácia la restauracion de la patria: aun quando la prudencia española y el odio comun contra los enemigos alejasen el temor de divisiones domésticas.

Asi es, que todos conocieron la necesidad de establecer un gobierno único, que á nombre del legítimo monarca, rigiese todos sus estados. ¿Pero qual habia de ser este gobierno? ¿Quién tenia derecho para nombrarle? La falta de le-

yés políticas, lo nuevo y extraordinario de las circunstancias, en que nos hallá-
bamos, las gravísimas dificultades que ofre-
cia el convocar á la nación, para que
lo determinase por sí; todo concurría á
hacer difícil el acierto, en materia de
tanta gravedad. En medio, pues, de la di-
versidad de opiniones, varias Juntas Pro-
vinciales propusieron á las demas el des-
prenderse de la soberana autoridad, que
no podían conservar por mas tiempo, sin
conocido riesgo de la patria; y trasladar-
la á manos de un gobierno, compuesto
de diputados de las provincias, elegidos
por sus Juntas respectivas. Esta propues-
ta llevó tras sí la opinion general; y
congregados los diputados de las diferen-
tes provincias, se instaló la Suprema Jun-
ta Central, que reconocida por todos los
pueblos y autoridades de la monarquía,
y despues por nuestras provincias ultra-
marinas, empezó à regir el reyno, á
nombre del jurado y legítimo monarca.
Agradóse la nación, al contemplar di-

sipado todo recelo de anarquía, reducidas al silencio las pretensiones particulares, y condenados los soñados sistemas de confederación de las provincias. Pero no bastaban estos bienes, para llenar los deseos de los que, acostumbrados á meditar sobre la ciencia del gobierno, y amestrados con la larga experiencia que la historia ofrece, conocieron, desde luego, los defectos de depositar el ejercicio del poder en un cuerpo tan numeroso. La Junta Central decía á la nación, en octubre de 1809: "sin duda el poder se ejerce por pocas manos, mas bien que por muchas, en los grandes estados. El secreto en las deliberaciones, la unidad de los planes, la actividad en las medidas, la celeridad en la ejecución, son calidades precisas para el buen éxito de los actos gubernativos, y solo están afectas á una autoridad reconcentrada." Si estos principios generales son ciertos en todas ocasiones, mucho mas en las violentas crisis de una nación, en las que es nece-

sario , dar la mayor extension y fuerza á la potestad ejecutora de las leyes : así lo practicaron las repúblicas mas celosas de su libertad , aun exponiéndose á perderla. Y en una nacion tan extensa como la nuestra , donde mal edificada todavia la unidad del estado , y amagada su independencia por un enemigo que debe á su actividad una gran parte de sus triunfos , todo parecia exígir celeridad en las determinaciones , y presteza en la execucion ; ¿ fué acertado establecer un gobierno , que reuniendo el poder en muchas manos , no ofrecia la energia necesaria para salvarnos ? Mas , enfin , instalado el Gobierno Supremo , nacieron en casi todos los ánimos las mas lisongeras esperanzas.

Perdióse , entónces , la ocasion de haber dado soltura á la opinion pública , cuya fuerza , nula baxo la tirania , empezó desde el principio de la revolucion á tener un poderoso influxo en los pueblos ; pues luego mostraron un vehemen-

te deseo de instruirse en los negocios públicos, y en los fundamentos de la ciencia del gobierno. A los sabios tocaba empezar á difundir las sanas ideas; y ayudar al gobierno, preparando la opinion, y destruyendo los obstáculos, que oponen á los mejores establecimientos las preocupaciones vulgares, y la fuerza de la costumbre. Pero para esto hubiera sido necesario, quitar las muchas trabas, que puso la tirania á la comunicacion del pensamiento; y empezar por protegerla con sábias leyes. Por desgracia, se temió mas á la licencia que á la esclavitud de la imprenta; y como que se creyó, que no puede gozar de verdadera libertad, (distantemente igualmente del uno, como del otro extremo) sin que se vean amenazadas la religion, la autoridad del gobierno y las buenas costumbres. Las leyes inglesas debieran habernos servido de modelo; la experiencia de la moderacion guardada en los escritos, al principio de la insurreccion, y quando mas pudiera haberse abu-

estado, debió desengañarnos, en materia de tanta gravedad.

Por un error, semejante al que condujo á dexar los grillos á la imprenta, se creyó arriesgado empezar á cortar la multitud de desórdenes del anterior reinado; y á dar algunos pasos ácia la libertad, que igualmente hubieran conducido ácia la independendencia. La Junta Suprema, poco despues de su instalacion, manifestó á la nacion, lo indispensable que era dedicarse á extirpar abusos, y trabajar en la felicidad interior del estado, al mismo tiempo, que en ponerlo á cubierto de sus enemigos exteriores: la misma Junta lo repitió, un año despues, casi con las mismas palabras, de que nos hemos valido anteriormente.

Tiempo fué, entónces, de cortar con mano osada muchos desórdenes introducidos por la tirania, ó nacidos baxo su amparo: tiempo fué de empezar á cegar los conductos ocultos, por donde se extravía una gran parte de la riqueza na-

cional; de dedicarse á suprimir empleos inútiles, y á plantear un sistema de economía, en los ramos de administracion, para aumentar el bienestar y la abundancia en los exércitos; de hacer valer, en beneficio del estado, una cantidad inmensa de riquezas ociosas, en que luego se ha cebado la codicia de los enemigos; en una palabra, de desplegar un vigor y energia, que diesen á conocer á todas las pasiones, que si el entusiasmo y la opinion pública no las dirigian á la salvacion de la patria, el rigor inexorable de la ley les daria direccion y norma.

Ni se oponga, que el haber seguido este sistema, hubiera producido el descontento en muchas personas, y aun quizá la discordia en los ánimos; la opinion pública instaba por la supresion de muchos desórdenes, conocidos por todos como tales, y solo era necesaria la maestria del gobierno, para procurar el provecho general con los menores per-

juicios particulares ; ademas, de que es evidente , que las disposiciones acertadas del gobierno , que son siempre las útiles á la mayor parte de la sociedad , nunca acarrean un descontento general ni duradero , como quieren persuadir los que temen á las reformas. No debiendo tampoco echar en olvido , que si se hubiera hecho presente la proximidad de una nueva invasion , y la absoluta necesidad para rechazarla , de muchos sacrificios , se hubieran hecho estos ménos dolorosos ; y el conocimiento del riesgo , y el ódio á la dominacion extranjera hubieran desviado muchos obstáculos , casi insuperables en tiempos de tranquilidad.

No es esto pretender , que era aquella la época oportuna , de querer reformar todos los abusos anteriores ; ni que fuese posible extinguir , en un momento , los desórdenes agolpados en siglos de esclavitud. Despues tendremos ocasion de observar , quando se perdió el tiempo á propósito , para la reforma de la nacion ;

obra que solo á ella pertenece, y á ella sola es asequible, por medio de sus legítimos representantes. Nos ceñiremos á decir, que debieron cortarse, despues de instalado el Gobierno Supremo, aquellos abusos, que mas podian influir en debilitar nuestra defensa.

Seria pedir milagros, querer que, al abrirse la segunda campaña, hubiéramos opuesto al enemigo exércitos tan agueridos y diestros como los suyos: ¿pero hizo la nacion quanto pudo, para formar exércitos numerosos, para pertrecharlos, y cuidar de satisfacer todas sus necesidades? ¿Hubiera sido útil, aprovechar aquellos meses de descanso, fortificando puestos á propósito, avenidas y desfiladeros; especie de guerra defensiva, en que hace ménos falta la pericia, y que hubiera detenido el ímpetu del conquistador?

Dexando al juicio de cada cual la solution de estas cuestiones, volvamos la atencion al plan que siguió Bonaparte des-

de la fuga de su hermano y de sus legiones mas allá del Ebro, hasta la segunda campaña. Admirado al ver que una nacion inerme, sorprehendida, y cuyas fuerzas parecian consumidas por los errores del Gabinete y la codicia de los favoritos, hubiese vencido sus exércitos, y arrojádolos hasta las fronteras, conoció que urgia la necesidad de acometerla nuevamente, para vengar la afrenta recibida, y someter al yugo á una nacion, que tantas muestras daba de intrepidez y de entereza. Pero previó, que para dexar caer todas sus fuerzas sobre la Península, era preciso antes asegurarse de la tranquilidad de las demas naciones. Nuestros triunfos fueron tan completos, que habian sido en vano todas las artes para ocultarlos á la Europa, que no pudo escucharlos sin admiracion y sin verguenza. Temia, pues, Bonaparte, que cudiese en las demas naciones la llama del heroismo, y que enlazadas por el interes comun, uniesen sus esfuerzos á la España,

para destruir un poder excesivo, que amenazaba la independencia de todas. Él propio mostró, entónces, quan poco seguro está de la amistad de los aliados, y de la obediencia de las naciones, quien desprecia los pactos y los beneficios, y quien abusa de su poder, en daño de los pueblos sometidos. Pero ¡quién lo diría! Esos mismos Reyes, que veian hollados, con el mayor descaro, los derechos del trono, y premiados los beneficios con el cautiverio, ó guardaron un silencio cobarde, ó aplaudieron una usurpacion tan escandalosa; y remachadas en Erfurt las cadenas de la esclavitud del Continente, forjadas en Tilsit, perdió España todas las esperanzas de verse sostenida, en defensa de una causa, que era la de todas las naciones cultas.

Para acabar de seducir á los Monarcas del Norte tuvo Bonaparte la osadia, de ofrecer proposiciones de paz á la Inglaterra, que desde el principio de la contienda, habia favorecido y ayudado

nuestros esfuerzos ; y aquel mismo , que habia provocado la guerra mas injusta , de que ofrece exemplo la historia , fingióse defensor de la humanidad afligida , é hizo á otros responsables de la sangre que iba á verterse , y de la asolacion de los pueblos.

Tan mal encubierta hipocresia no fué capaz de seducir , ni un momento , al Gabinete Británico ; y cierta España de la firmeza de su alianza , y confiada en los inagotables medios , que encierra una Nación , decidida à ser libre , se mostró impávida , al hallarse abandonada de las demas Potencias , y sola en la liza con un contrario tan prepotente.

Ella , sí , solo ella pudiera no dexarse abatir por los males , que de cerca la amenazaban , y que vinieron á afligirla , asi que , seguro Bonaparte de la quietud del Norte , reunió numerosas fuerzas sobre el Pirinéo. ¿ Y qué podia esperarse , mas que reveses y desgracias , de lucha tan desigual , en que el valor de los nues-

tros habia de contrarrestar la pericia, la disciplina y el número de las huestes contrarias? No fué poco, disputarles el terreno, en continuos reencuentros, el ejército de la izquierda, en su penosa retirada por caminos intransitables. No fué poco, librarse de caer en manos de los enemigos el ejército del centro; y desmembrado de una gran parte de sus fuerzas, que se dirigieron á Aragon, seguir su larga retirada, siempre acosado y perseguido, hasta salvar sus reliquias en las montañas de Cuenca.

La suerte de la abierta Castilla pendia de la de los ejércitos; y arrollado antes en Burgos el débil obstáculo, que encontró el enemigo, la Capital de la Monarquía no tenia mas antemural, que el mal guarnecido paso de Somosierra. Fué este forzado; y los ejércitos franceses, con el Emperador á su frente, cayeron con tanta celeridad sobre Madrid, que solo la presteza pudo salvar á la Suprema Junta, residente en Aranjuez, que

tomó, perseguida de partidas francesas, la ruta de Extremadura.

Madrid, la desventurada Capital del Reyno, sin guarnicion, sin fortificaciones, y desesperanzada de recibir ningun socorro; Madrid, un pueblo abierto, con una gran poblacion; ¿no dió á entender bastantemente con su resistencia, que cedia, muy á su pesar, al numeroso ejército, que lo cercaba; y que jamas podria reconciliarse con los verdugos del dos de mayo? Abrió, enfin, sus puertas; y queriendo los enemigos llevar el terror hasta la Andalucia, extendiéronse por Extremadura y la Mancha; en tanto que un ejército formidable marchaba contra el de los Ingleses, que mucho menor en número, debió á su disciplina, retirarse ordenadamente desde el centro de Castilla hasta la extremidad de Galicia; y despues de un reñido encuentro, salvarse en sus naves.

Aun no bastaban tantos infortunios, para experimentar nuestra constancia: mien-

tras estos reveses dexaban en poder de los contrarios la mitad de la Península, y descubiertas las demas Provincias; ya un ejército enemigo habia puesto sitio delante de Zaragoza; y entrando otro por el Rosellon, habia obligado á nuestras tropas á levantar el asedio de Barcelona, y á retirarse con precipitacion y pérdida.

¿Qué hubiera sido de qualquiera otra nacion, que no tubiese la firmeza de carácter, que honra á la Española, al verse combatida tan cruelmente de la desgracia? Deshechos todos sus ejércitos, entradas la Corte y la mitad de sus Provincias, buscando asilo el Gobierno, y expuesta juntamente al furor de los enemigos, y al trastorno de la anarquia; ¿quién pudo salvarla, sino su fortaleza y su moderacion? Viéranse, entónces, por segunda vez las señales de una guerra nacional, cuyo éxito no pende del vencimiento en las batallas, no del terreno por los enemigos conquistado. La nueva de tan-

tas derrotas volvió á encender el entusiasmo público ; y el mismo grito de venganza , que se escuchó en los primeros dias de nuestra gloriosa revolucion , volvió á resonar con la misma fuerza por toda la Península. Mas activos y resueltos , quando acabábamos de ser vencidos , que quando nos ostentábamos triunfadores , el peligro redobló los esfuerzos de esta nacion de héroes ; y animada la actividad de las Juntas Provinciales , y establecida la Suprema Central en Sevilla, no logró Bonaparte , con la ocupacion de la Corte , destruir el Gobierno y entregarnos á la anarquia ; ni ménos , que intimidadas las Provincias libres , se sometiesen , de grado , á su dominacion.

Muy al contrario : el ódio al yugo extranjero parecia crecer con la grandeza del peligro; quedaban yermos muchos pueblos , al acercarse el enemigo , llevando las familias á los montes y desiertos el precioso tesoro de su libertad ; volvian á sus banderas los soldados dispersos , pre-

firiendo los trabajos y la indigencia á una torpe esclavitud en sus hogares; corrian á las armas nuevos guerreros; nuevos sacrificios generosos recordaban el desprendimiento, que mostráramos al principio; y ni los reveses sufridos, ni la rota de Uclés, que acababa de agravar nuestros males, pudieron entibiar el entusiasmo general. Unas provincias se fortificaban; armábanse otras; y á la vista misma de las huestes contrarias, se formaban dos ejércitos, uno en Extremadura y otro en Sierra-Morena.

Mientras España daba tantas muestras de una constancia sin exemplo, sus enemigos, sin acabar de conocer nuestro carácter, seguian el mismo plan, con que habian sojuzgado á otras naciones. Para infundir el terror en los ánimos, llevaban sus ejércitos el estrago y la desolacion por todas partes; y como si inútil fuese la cultura de este siglo, reproducian en él todos los horrores de la edad media. Talados los campos, entradas á

saco aldeas inocentes ; vengada la sangre de un frances vertida con el incendio de pueblos enteros ; conocimos, á bastante costa , la ferocidad de los que se llamaban nuestros reformadores : llevando á tal exceso su insolencia, que en medio de sus crueldades, pretendieron y han querido siempre descargar sobre nosotros lo odioso de sus atentados. Invaden, asuelan á una nacion amiga ; y si algun pueblo ó ciudadano , en el arretrato de la justa indignacion , traspasa los estrechos límites de la justicia y la templanza ; si sufre pérdidas la nacion, peleando en defensa de sus derechos ; le atribuyen los delitos y la desolacion , que serán el baldon eterno de sus injustos agresores.

Pero no fué el terror la única arma, de que se valieron ; diestros en el arte maligno de la seduccion , empezaron, desde que ocuparon la capital, á poner en práctica ese sistema astuto , que han seguido despues , de dividir la opinion pú-

blica , y de atraer un partido que los sostuviera y auxiliara ; hasta intentar sumergirnos en los horrores de una guerra civil , armando á una parte de la nacion contra la otra. Era poco mancharse con la sangre del aliado y del huésped ; era menester aun , que armado el hermano contra el hermano , la España se destrozara á si misma , para caer baxo el yugo de un usurpador.

Por fortuna , no han podido dar cima á su proyecto ; aunque no han faltado españoles , que hayan desertado de la causa de la justicia : efecto necesario de la tiranía , en que ha gemido la nacion , que ha destruido las costumbres públicas , y aquel noble orgullo nacional , que es la barrera mas fuerte contra la ambicion de los extranjeros.

Para aumentar su partido empezó el ilegítimo Rey , desde su entrada en la Corte , á trazar planes de reforma. Pero , ¿quándo ha curado las dolencias de una nacion , un extranjero que aspira

á reinar en ella, contra la voluntad expresa: que la destruye con todas las plagas de la guerra, antes de mejorarla; y que privado de propia voluntad, ejecuta los mandamientos de otro Monarca, cuyas leyes no puede interpretar ni desobedecer? No han reflexionado esto, los que quizá hayan creído que mejoraría España, baxo un Rey de la dinastía de Napoleon; no han conocido, que no sería, entónces, sino lo que otras muchas naciones de Europa; es decir, poco menos que las antiguas provincias Romanas, sacrificadas por un pretor, para satisfacer la ambicion y avaricia de la metrópoli. Nunca ha sido feliz una nacion, que no haya tenido su independencia puesta à cubierto del poder y del influxo de las potencias extranjeras. Nuestros cèlebres Comuneros creyeron con razon, que moria la libertad castellana, si no cerraban el paso à los extraños, que viniesen á alzarse con nuestras riquezas, y á prestar sus fuerzas, para opri-

mirnos. Baxo el mismo principio, la constitucion de los franceses del año de 1791, (único monumento honroso de su revolucion) declaraba depuesto al monarca, que llamase en su socorro exércitos extranjeros, y se pusiese à su frente. ¿Qué artículo de la constitucion de Bayona se asemeja al anterior? Ninguno, por cierto; antes, se inserta en ella, como un artículo constitucional, la alianza ofensiva y defensiva de España con la Francia: hecho escandaloso en un siglo, en que son tan conocidos los primeros principios de política; y prueba clara, de que se trataba de cimentar en la misma constitucion de España su vasallage y dependencia; porque nunca ha significado otra cosa la alianza de los flacos con los poderosos. El mismo Napoleon no fué bastante astuto, para disfrazar sus verdaderas intenciones; le vimos despues de la toma de Madrid dictarnos decretos, á fuer de nuestro Monarca; y por no respetar nada, ni aun la

mentida soberanía de su hermano.

Desde esa época, empezaron nuestros enemigos á movernos una guerra de opinion, que no nos ha dañado poco, y que era fácil haber vuelto contra ellos, valiéndonos de las mismas armas. Hubiéranse reunido nuestras Cortes, quando hubo oportunidad para ello; hubiéramos empezado á arrancar las hondas raíces del poder absoluto, y á mejorar la nacion: y no hubieran nuestros contrarios ganado un gran partido, que se ha dejado deslumbrar, al ver que extirpaban algunos abusos, que minados ya por la opinion pública, se habrían desplomado, en quanto se hubiese congregado la representacion nacional. Pero, ¡oh dolor! á vuelta de cortar algunos desórdenes, no perdona la tala de nuestros enemigos ningun establecimiento, ninguna memoria que nos recuerde lo que fuimos un tiempo: y por no dexar ilesa ni aun esta habla hermosa, que nos distingue, y borrar hasta las pala-

bras, que tanto influxo tienen en los ánimos, se esfuerzan esos innovadores en alterar los nombres de las cosas, por que no queden ni aun vestigios de la antigua monarquía española.

Bien entrevimos este sistema destructor, desde sus primeros pasos á la usurpacion; pero quando lo descubrimos de lleno, fué, desde que ocupado Madrid segunda vez, imaginaron que las victorias conseguidas pondrían fin á la guerra; y empezaron á dítar leyes á la monarquía los que aun no habian conquistado la mitad de ella, y ni aun eran poseedores pacíficos del terreno mismo que ocupaban.

Extraña cosa es, que hayan soñado tantas veces su triunfo nuestros enemigos; y que no hubieran conocido ya entónces la firmeza de nuestro carácter. ¿Cómo no percibieron, que tantos males como vinieron sobre nosotros, antes y despues de la ocupacion de la capital, lejos de abatir los ánimos, los habian



inflamado de nuevo? ¿No vian arder el fuego de la insurreccion, en las provincias que invadieran á tanta costa; mientras se armaban las libres, y se aprestaban á la defensa?

No tiene igual en la historia el heroismo que mostramos en aquella época; y que conservamos, sin alteracion, en medio de los reveses, que vinieron despues á afligirnos. Parece efecto de un destino adverso, y no lo es sino de la trabazon de los sucesos, que nunca hemos sufrido una desgracia sola.

Combatian nuestras tropas en Valls con gloria y bizarría; mas, al fin, cediendo al número y á la pericia, se encerraban en Tarragona, dexando indefenso el Principado contra las incursiones del enemigo: nuestro ejército de la Mancha se retiraba de Ciudad-Real, casi sin combatir, y la patria sufria una pérdida, peor quizá que una derrota; y al mismo tiempo peleando con intrepidez en Medellin el ejército de Extremadura, apé-

nas formado, disputaba la victoria; pero, al cabo se retiraba destrozado á los confines de Andalucía.

Aun ántes de sufrir estos reveses, ya habia llorado la patria la pérdida de Zaragoza, cuya defensa seria suficiente, para inmortalizar nuestra revolucion, y para mostrar que aun quedaban restos de aquel carácter, firme y denodado, tan acreditado en otros siglos. Y sino, ¿qué pueblo, mal recobrado aun del incendio y el destrozo del primer sitio, sin ser una plaza fortificada, y afligido, al mismo tiempo, por todas las artes crueles de la guerra, por una hambre y una epidemia asoladoras, resiste por espacio de dos meses á un numeroso ejército? Seria difícil hallar un exemplo igual, en la historia de los últimos tiempos; Girona solamente, solo los mismos españoles pudieron aventajar, despues, un modelo tan sublime de virtud y constancia.

La suerte pareció ceder á tanto he-

roismo: y quando la pérdida del reino de Aragon, y la derrota de todos nuestros exércitos ponian á la patria en un peligro extremo; recuperamos nuestras esperanzas, al oír nuestro grito de guerra repetido en las márgenes del Danubio. El Austria pareció despertar del torpe sueño, que le habia hecho olvidar su dignidad, y ver con indiferencia la disminucion de sus fuerzas: y enseñada con el propio escarmiento á conocer la ambicion de Bonaparte, y lo poco estable de su alianza, proclamaba con energia á los reyes y á las naciones, que era llegado el tiempo, en que roto el equilibrio de las Potencias del continente, tenían precisamente que elegir, entre emprender la guerra, ó ver ajado su decoro, y vacilante su independencia. La venganza de las injurias recibidas, la certidumbre de su peligro, si quedaba sojuzgada España, y el exemplo que esta nacion habia dado á las demas, venciendo á unos exércitos, tenidos casi por in-

yencibles , empeñaban al Austria en sostener la lucha con teson : y en efecto, los formidables preparativos militares, con que abrió la campaña , correspondieron al poder de una nacion belicosa y á la expectacion de la Europa.

España tuvo la complacencia de ver seguido su glorioso exemplo; y de hallar una ocasion favorable , para arrojar de su suelo á los que osaban profanarle. Lo numeroso de las fuerzas, que habia menester Bonaparte para la guerra del Norte , nos daba seguridad de que no podia acrecentar ni aun sostener sus exércitos de España ; y débiles estos , para mantener baxo su yugo la extension de terreno que ocupaban , acosados por todas partes , y disminuidos con la incesante pérdida que sufren los exércitos ; tubimos razon para lisongearnos con la esperanza de arrojarlos segunda vez , mas allá del Ebro , y quizá del otro lado del Pirineo.

Conocieron ellos mismos su flaqueza;

y temiendo la mala suerte que los amenazaba, recurrieron á la intriga, ofreciendo maliciosamente negociaciones. Nosotros, empero, desechamos con entereza propuesta tan injuriosa: ¿ni cómo pudiéramos admitir tratados con los pérfidos, treguas con los usurpadores? Si en la extremidad del peligro, hemos tenido siempre en menosprecio sus amenazas; ¿qué sería, quando todo concurría á prometernos, que pronto veríamos libre á nuestra patria! Y era así: al mismo tiempo que las provincias del mediodía continuaban en sus esfuerzos, sin dexarse abatir nunca por la desgracia; empezaba el norte de la Península á dar señales de querer recobrar sus antiguas glorias, sacudiendo el yugo de sus opresores.

Justo fué que aquella provincia, que conservaba las reliquias de nuestros antiguos usos, y de la pureza de costumbres de nuestros mayores, fuese la primera en consolar con la victoria á la

patria , afligida con tan no interrumpidos desastres. Galicia ha dado á los pueblos , que aspiren á ser libres , un exemplo maravilloso , digno de otro siglo , y que apénas será creído por los venideros. Una provincia sorprendida , y ocupada del todo por un crecido ejército , apoyado en las plazas fuertes ; una provincia sin soldados , sin auxilios , y desarmada por sus opresores , no pudo sufrir la vileza de ser esclava , y se arrojó sobre los miles de enemigos , que amancillaban su dichoso suelo. Trocado en guerrero el sencillo agricultor , y en armas de destruccion los útiles instrumentos de labranza , vimos con asombro á los fuertes Gallegos combatir con las legiones enemigas , destrozar muchas de ellas , y obligar á las restantes á huir cobardemente , dexándolos gozar de sus virtudes.

Desde que descubrimos el principio de esa insurreccion , que dió al cabo la libertad á Galicia y Asturias , quando al

mismo tiempo , sabiamos ya con certeza el rompimiento de la guerra del Austria ; debiéramos habernos ocupado en convocar las Córtes á la mayor brevedad posible ; para que , poniendo en movimiento á la nacion , y confiando la execucion de la voluntad nacional á pocas y dignas manos , se hubiera conseguido juntamente rechazar á los enemigos , y echar los cimientos de nuestra futura libertad.

Lo decimos con dolor : el haber perdido esa coyuntura favorable de convocar la representacion nacional , ha sido la única causa de todos los males , que han sobrevenido despues. La mitad de la Península se hallaba , entónces , libre de enemigos ; y podia darse á las provincias ocupadas por ellos una representacion , la mas perfecta que posible fuese , ínterin quedaban evacuadas : ¿ mas , acaso , hubiera tardado mucho , en verificarse esta ventura ?

La sola convocacion de las Córtes hubiera bastado para aumentar la actividad

de unas Provincias , para encender la insurreccion en otras, para aterrar á nuestros enemigos. Una vez congregadas, hubiérase visto quanto es la fuerza de una nacion , que empieza á exercer sus derechos , y á obedecer por leyes los mandatos de la voluntad general , manifestada por medio de sus representantes. Quando manda un Monarca , ó un Cuerpo , hallan resistencia sus decretos , por justos que sean , en la ignorancia de los unos , en el egoismo de los otros, en la ambicion, y otros intereses particulares, que se disfrazan con el velo de amor al bien público ; pero quando dimanen las leyes de un Congreso Nacional, forzadas las pasiones viles al silencio , no pueden sembrar la desconfianza y la discordia , ni entorpecer los actos del gobierno ; antes por el contrario , tienen que seguir un rumbo opuesto , y contribuir al bien comun , para buscar el suyo propio : de aqui nace aquella union de los que mandan y los que obede-

cen , y aquella concurrencia al mismo fin , del amor propio y del amor á la Patria , que constituyen la fuerza de los Estados. Si se hubieran convocado , entónces , nuestras Córtes , por imperfectas que hubieran sido , hubiérase restaurado el entusiasmo en toda la Monarquía ; los escritos que se hubieran propagado con este motivo , sobre reformas y mejoramientos , hubieran instruido á todas las clases de la sociedad , é infundídoles el amor al saber. No habia que temer , que la avaricia negase sus tesoros al Cuerpo Nacional ; ni que la ambicion resistiera á sus mandatos ; ni que el interés particular reclamara la supresion de los abusos. El primer impulso de la libertad , por poco cimentada que esté , es siempre irresistible ; y establecidas por las Córtes la economia en los ramos de administracion , la disciplina en los exércitos , y la presteza en la execucion de las órdenes del gobierno ; ¿ qué valian las cortas fuerzas

enemigas , para haber permanecido opri-
miendo á una nacion tan rica , tan va-
liente y llena de entusiasmo?

No se diga , que era imposible haber
reunido una perfecta representacion nacio-
nal; jamas se reformarían las naciones,
si desesperanzadas de llegar á lo mejor,
no empezaran nunca tan difícil obra. Con
las Córtes , hubieran tenido los talentos
campo abierto , donde perfeccionarse con
la emulacion , y contribuir al bien pú-
blico ; y el pueblo hubiera empezado á
tomar parte en el gobierno , y á irse
instruyendo poco á poco en las discusio-
nes políticas. Hubiéranse proferido erro-
res ; pero en el libre contraste de las
idéas , hubiera la verdad triunfado casi
siempre : hubieran las Córtes cometido
desaciertos , hijos de inexperiencia ; mas
habríamos conseguido el fin principal
de expulsar á los enemigos , y de ir ali-
cionando á la nacion , á ejercer debida-
mente el supremo poder. Quizá los de-
bates sobre planes de gobierno , y el ca-

lor de las pasiones hubieran producido algunos males ; ¿ pero cuándo se ha conseguido el bien , sin ningun peligro ? Tristes de los hombres , si por que no abusen de sus fuerzas, les oprimen sus miembros con fuertes ataduras ; tristes de las naciones , si prefieren la postracion de la servidumbre al movimiento saludable , aunque algunas veces violento , de la libertad.

El seso y la moderacion que habia mostrado la Nacion Española , desde el principio de la revolucion , alejaban todo recelo de que las Cortes nos arrastrasen à la lucha de los partidos , y al desenfreno de la licencia ; y el peligro de ser conquistados , y el odio comun contra los enemigos , eran un vínculo à propósito , para conservar la union y la tranquilidad en toda la Nacion.

Convencidos de esta verdad los ciudadanos juiciosos , deseaban con ansia la pronta convocacion de las Córtes , como la valla mas fuerte contra los enemi-

gos, y el único apoyo de nuestra libertad política y civil. La opinion pública las solicitaba con entusiasmo; el estado interior de España y el de los negocios del Continente las exîgian como necesarias; temíanlas nuestros contrarios. En estas circunstancias, fué quando el Gobierno Supremo dió su decreto de últimos de Mayo de 1809, emplazando la convocacion de las Córtes para dentro del siguiente año, ó antes, si las circunstancias lo permitian.

Poco satisfecha la nacion con esta esperanza, indeterminada y remota, siguió, sin embargo, ofreciéndose gustosa á quantos sacrificios exîgia el Gobierno, como necesarios para la formacion de exércitos, capaces de arrojar al enemigo de toda la Península. Y formados estos, en breve espacio de tiempo, llegó á ver España la causa de su independencia, en el estado mas favorable, en que pudiera hallarse nunca.

Avanzaba por la Mancha un exército

completamente pertrechado, y ansioso de guerrear, que obrando de acuerdo con el numeroso de Extremadura, componian entre ambos la mayor fuerza militar, que háyamos opuesto en toda la guerra á nuestros enemigos: y al mismo tiempo, el ejército Ingles de Portugal se acercaba á los confines del Reyno, para obrar unidamente con nuestras tropas, á fin de libertar á Madrid, y quizá á toda la Península.

Quando teníamos delante de nosotros tan grata perspectiva, ¡quién hubiera predicho los infortunios, que nos aguardaban! Habian ya empezado nuestros males con la vergonzosa dispersion de Belchite, no tan fatal por inutilizar el triunfo de Alcañiz, y arrebatarnos la libertad de la Capital y Reyno de Aragon; quanto por las consecuencias, que deduxo la nacion de un hecho tan escandaloso de indisciplina é intrigas en los ejércitos, proclamado como tal por el Supremo Gobierno, y que vimos quedar impune. Desde

entónces previmos con dolor, que faltando el rigor y la severidad, nada feliz habia que prometerse de los exércitos; nada de una nacion con tantos enemigos domésticos, quantos son sus vicios, contrahidos durante su esclavitud.

Nos consolaba de estas tristes reflexiones, la firme persuasion en que estábamos, de que pronto recobraríamos á Madrid; y lograríamos expulsar á los enemigos, á lo ménos, hasta cerca de las fronteras: con lo qual, unida casi toda la Monarquía, se aumentarían considerablemente nuestras fuerzas, y nos apercibiríamos á la defensa, contra qualquier agresion del enemigo. No eran aventuradas estas esperanzas; pues que se dirigian ácia la Capital unos exércitos, á que mal podrían resistir los enemigos; los quales, una vez vencidos, no podían evitar una total derrota, en su larga retirada.

Temerosos de ella, reuniendo apresuradamente sus fuerzas en Castilla, y lle-

nos en la Capital de pavor y desaliento, determinaron aventurar una batalla, para librarse de tamaño peligro, si lograban salir vencedores. Dieron, en efecto, la famosa batalla de Talavera, en que su numeroso ejército, compuesto de las mejores tropas, fué derrotado por el ejército combinado, Inglés y Español, que combatió gloriosamente hasta quedar dueño del campo de batalla, y poner en fuga á los contrarios.

La nueva de victoria tan completa llenó de entusiasmo á las provincias, que creyeron, que la libertad de Madrid iba á coronar tan glorioso triunfo. ¡Ultimos dias de ventura, seguidos de tantos acia-
gos! En vez de los prósperos sucesos, que nos prometíamos, supimos, con asombro y pena, la retirada del ejército inglés y del nuestro, al acercarse otro enemigo, mui inferior al vencido en Talavera; y luego congeturamos, qual suerte cabria al ejército de la Mancha, que adelantado hasta las riberas del Tajo, ha-

bia de resistir solo á quantas fuerzas enemigas le acometiesen.

Acaeci6 , como se temia : el valor y entusiasmo de nuestras tropas solo bastaron á pelear con denuedo , y disputar la victoria en Almonacid ; pero , al fin , hubieron de retirarse , hasta las faldas de Sierra-Morena.

Al ver inutilizados tantos sacrificios, cambiadas en reveses las esperanzas , y amenazados los que se creian ciertos de la victoria ; fué fácil preveer , que el descontento y la desconfianza iban á causar mas daño á la nacion , que no las pérdidas padecidas. No hubo clase de la sociedad , cuerpo , ni ciudadano , que no se resintiera de golpe tan fatal ; el desaliento y el disgusto fueron generales ; y á la sombra de estos afectos, se desencadenaron todas las pasiones, que entorpecen la energía de una nacion , y quizá la arrastran á su ruina. Faltó aquella confianza recíproca entre los que mandan y los que obedecen , que es la que

sostiene al Gobierno; y con ella los medios, la actividad y la fortuna.

Muchos eran nuestros males, y muy funestas las consecuencias que ya se tocaban, quando, para sobrecarga de infortunios, llegó la noticia del armisticio del Austria. Imposible parecia, que apenas cumplidos tres meses de haber roto las hostilidades, se diera por vencida una nacion tan poderosa, con medios abundantes para continuar la guerra, por dilatado tiempo; y aun mas imposible todavía, que entregando puertos y plazas fuertes, que aun no habia perdido, se pusiera en peor estado, para tratar sobre paz, que si se arriesgara á sufrir muchas derrotas. Pero de nada hay que maravillarse, quando la flaqueza de los Reyes llega á hacerlos insensibles á la pérdida de su dignidad; y quando esquivando los pueblos tomar parte en su suerte, se someten indolentes á qualquier yugo, que les impongan.

Penetrados de esta amarga verdad, pre-

vimos desde el armisticio , que el Austria aceptaría una paz vergonzosa ; y que habríamos de presentarnos solos , por segunda vez , para hacer frente á un enemigo , que aterraba á la Europa. Pero ya habíamos experimentado nuestra constancia ; y no la desmentimos en este funesto trance , capaz de rendir á qualquiera nacion , ménos firme y pundonorosa. ¡ Quisiera Dios , que solo nos hubieran dañado nuestros enemigos de afuera ; y que no les hubiéramos nosotros mismos ayudado , con nuestros vicios y desórdenes! Tan resueltos quando se levantaban nuevos contrarios contra la Francia , como quando se le sometian cobardemente ; solo temian los buenos , que la debilidad por una parte , y el descontento por otra , acabasen con una nacion , inconquistable al poder enemigo.

Era tanto mas fundado este recelo , quanto el disgusto general hacia general el deseo de mudanza en el Gobierno : pretendian algunos , que ensanchando las

facultades de las Juntas Provinciales, se restablecería la confianza; pero la mayor parte y mas juiciosa era de opinion, de que nombrando una Regencia, compuesta de personas que tuviesen á su favor la opinion pública, y depositado el Gobierno en pocas manos, se alentaría la esperanza, y se recobraría la energia de la nacion. Por lo tocante á la convocacion de las Córtes, era mirada por todos como un medio excelente; pero ya demasiado tardío, para sacar á la España de la apurada situacion, en que se hallaba. Era tal esta lamentosa situacion, que habríamos penosamente de describirla, si no nos aliviara de este grave encargo el mismo Gobierno Supremo, quando á fines de Octubre de 1809, al anunciar las Córtes, que habian de ser convocadas á principios del siguiente año, nos hablaba de esta manera. — “Y en qué tiempo ¡gran Dios! debe apelarse á este medio, mejor que en el presente? Quando una guerra obstinada tiene apurados

todos los medios ordinarios , quando el egoismo de los unos y la ambicion de los otros debilitan y entorpecen la accion del Gobierno por su oposicion ó indiferencia , quando se aspira á destruir por sus cimientos el principio esencial de la Monarquía , que es la unidad ; quando la hidra del federalismo , acallada tan felizmente en el año anterior con la creacion del poder Central , osa otra vez levantar sus cabezas ponzoñosas , y pretende arrebatarnos á la disolucion de la anarquia ; quando la astucia de nuestros enemigos está acechando el momento , en que rompan nuestras divisiones , para arrojarse á destruir el Estado , y sentar su solio sobre la cima de oprobio , que le proporcionen nuestros debates ; este es el tiempo , este , de reunir en un punto la fuerza y la magestad nacional , y de que el Pueblo Español , por medio de sus representantes , vote y decrete los recursos extraordinarios , que una nacion poderosa tiene siempre en su seno para

salvarse. El solo puede encontrarlos, y ponerlos en movimiento; él alentar la timidez de los unos, contener la ambicion de los otros; él acabar con la vanidad importuna, con las pretensiones pueriles, con las pasiones insensatas, que van, sino se atajan, à despedazar el Estado!"

A tantos males reunidos, no correspondía el remedio escogido por la Suprema Junta Central, de *formar una Seccion compuesta de seis individuos amovibles, para dirigir aquellas gestiones del poder ejecutivo, que exigen por su naturaleza celeridad, secreto y energia.* Este paliativo ineficaz no podia restablecer la opinion pública, tan discorde, á la sazón, ni restituir la confianza; y desde entónces finaron las esperanzas de volver à poner en movimiento á la Monarquía, si no llegaba á cumplirse el remoto plazo, señalado para la celebracion de las Córtes.

Mal podríamos confiar en llegar á

verlas , quando antes de un mes de anunciadas por el Gobierno , publicó este haberse firmado la paz del Austria con la Francia , al cabo de tres meses de armisticio : ¡ tiempo precioso , malogrado por nuestra mala ventura ! Mengua es para nosotros haber desaprovechado la oportunidad favorable , que nos ofrecieron la guerra y las largas negociaciones del Austria ; desgracia , por no decir flaqueza , escuchar la noticia del armisticio , sin redoblar nuestros esfuerzos ; y saber la paz , sin levantarse toda la nacion , para oponerse al nuevo acometimiento , que la amenazaba . Pero tan funestos efectos nacia únicamente de las causas políticas , ya expresadas , que nos habian conducido al descaecimiento de esclavos , sin quitarnos la perseverancia heroica de hombres libres . Sea testimonio de esta virtud , la fortaleza con que supo la nacion , que la abandonaban todas las potencias del Continente , sin que por eso vacilase en despreciar la propuesta de un

perdon infame, ni se dexase intimidar por el cercano peligro. Primera en dar la señal de independendia á la postrada Europa; firmemente decidida á llegar á uno de los dos extremos, igualmente gloriosos, de perecer ó ser libre; vió con desden y lástima, mas no con sobresalto, el abatimiento de las demas naciones.

— ¿A dónde hubieran alcanzado los efectos de tanta virtud, si reunidas de antemano nuestras Córtes, hubieran sido ellas las que publicaran el grave riesgo de la Patria, y nos llamaran á su socorro? Pero, quando se publicó la paz del Austria, el odio á los enemigos por una parte, y el descontento interior por otra, produxeron la extraña contradiccion, de que oyera la nacion el nuevo peligro, sin acorbarse, pero sin prepararse á la defensa.

Influyó tambien en su inaccion la grave desgracia ocurrida, por los mismos dias, al numeroso ejército, que con la reunion del de Extremadura, se habia

formado en la Mancha; el qual, avanzando con denuedo hasta la ribera del Tajo, se preparaba á pasarlo, ufano de libertar á la Capital, quando, atacado en Ocaña, y despues de la bizarra resistencia de algunas tropas, quedó derrotado y disperso; pudiéndose trabajosamente reunir algunas cortas fuerzas, para detener al enemigo, si intentaba franquear el paso de Sierra Morena. Suceso tan infausto acabó con todas nuestras esperanzas; y antevimos desde aquel momento, que vanamente confiábamos en la barrera natural, que defiende á las Andalucías, cuya invasion no podia tardar mucho.

A la dispersion de Ocaña siguiéronse, como era necesario, la retirada de la division de tropas nuestras, que cubria la orilla del Tajo, por la parte de Extremadura; y la del ejército de la izquierda, que, habiendo baxado por Castilla, debió á la resistencia de su infanteria, tan acostumbrada ya á vencer,

el no ser derrotado, como quizá presumieron los enemigos.

Pero aun mas que tantas pérdidas, fué sensible á los buenos la rendicion de Gerona, acaecida por el mismo tiempo. Nada hay mas doloroso al que observa nuestra revolucion, que ver malogradas las extraordinarias virtudes, que ha manifestado la nacion; no habiendo sacado mas fruto del heroismo de muchos pueblos, que una triste quanto gloriosa memoria. La que ha dexado Gerona, con su defensa sin igual, basta sola para cubrir quantas debilidades y extravios háyamos podido cometer; y para presentarnos como héroes, á vista de quantos sientan estímulos de gloria, al escuchar hechos illustres. Una plaza de tercer orden, resistiendo y causando graves pérdidas á un fuerte ejército, sin que la ruina de sus edificios, ni los repetidos asaltos, ni la pérdida de los fuertes que apoyaban su defensa, pudiesen intimidarla; una corta guarnicion, trabajada y disminuida en

tan largo sitio, repitiendo diariamente los ejemplos de valentia; un vecindario animoso, y resuelto, sufriendo, á un tiempo, los horrores de la guerra, los estragos del contagio, y los lentos tormentos de una hambre, qual apénas puede creerse; tal es el espectáculo sublime, que por espacio de siete meses continuos, ha ofrecido Gerona. Cedió, al fin; pero grande, hasta en su postrer calamidad, arrancó, á los contrarios, una capitulacion la mas honrosa, como en testimonio, de que su heroica constancia la hacia respetable aun á sus mismos enemigos.

La rendicion de Gerona fué la última de las desgracias padecidas en el aciago año de 1809; mas ya entrevíamos, que el siguiente habia de empezar con nuevos males, como consecuencia necesaria de la postracion, en que habian caido los pueblos, del menoscabo que habia causado el descontento en la opinion y el entusiasmo nacionales, y de stan-

tas causas conjuradas contra la salvacion de la patria.

En vano el Supremo Gobierno, para alentar á la nacion, y cumplir lo prometido, convocó las Cortes, á principio del nuevo año de 1810; ordenando las reglas y fórmulas de la eleccion de Diputados, que debian estar congregados, para el dia primero del próximo Marzo. Ya no era tiempo de la convocacion de Cortes, capaz en otra ocasion de haber animado á la Monarquia, solo sirvió para renovar el triste recuerdo de nuestra pasada inaccion, y el fundado temor, de que no llegaría á verse congregada la representacion nacional.

Mas antes de referir, como la experiencia acreditó lo prudente de este recelo, permítase un corto extravio, á favor de las glorias de España, y para vergüenza de ese conquistador, que despues de destruir la libertad de propios y extraños, tiene la avilantez de pro-

clamarse reformador de Europa. Si en la altura de poder en que se halla, fuera aun digno de aquel rubor virtuoso, que sonroja al hombre, quando se vé manchado con la calumnia, y desmentido públicamente; lo hubiera experimentado Bonaparte, quando convocamos nuestras Córtes. Para buscar un pretexto á su agresion, habia él intentado persuadir á las demas naciones, que incapaz la nuestra de reformar sus antiguos desórdenes, y empeñada en tan destructiva contienda, por sostener los insanos fueros del clero y la nobleza, solo el deseo de nuestra felicidad é instruccion lo estimulaba, á querer darnos una sabia constitucion, y un Monarca de su familia. ¡Qual debió ser su confusion, al ver publicada nuestra convocacion de Córtes! Mas imparcial y libre el plan de elecciones, que quantos estan puestos en uso en Europa, manifestó claramente, que no eran ignorados los principios de política en aquella nacion, que fué algun dia la prime-

ra, en establecer cierto equilibrio entre las clases de la monarquía, y en empezar á gustar, baxo este gobierno, los bienes de la libertad política y civil. Llamado el pueblo á ejercer plenamente sus derechos, confundidas todas las clases y todos los ciudadanos, baxo el solo título de Españoles, y con igual aptitud, en clase de tales, para representar á España; quedaron destruidos los defectos de nuestras antiguas Córtes, que menoscababan los derechos del pueblo, por favorecer á las clases privilegiadas.

¡Contraste singular y notable! La España dió en esto una prueba de imparcial y sabia; y aquellos mismos que se fingian con derecho, para instruir la por fuerza, y que hacian mofa de nuestras antiguas Córtes, daban, en la constitucion de Bayona, al clero y á la nobleza casi la tercera parte de votos en las Córtes; distribuían á los restantes ciudadanos en varias clases; concedian á las unas prerrogativas injustas sobre las

demas; y dando al rey un influxo grandísimo en el nombramiento de diputados, y envolviendo sus decisiones en el secreto y la oscuridad, trazaban el plan del despotismo, malamente disfrazado con vanas apariencias.

Confundida hubiera quedado la altanería de esos falsos legisladores, si hubiera llegado á verse reunida nuestra representación nacional; pero desgraciadamente, al mismo tiempo que el gobierno la convocaba, los enemigos se preparaban á invadir las Andalucías, con un numeroso ejército. Animábalos á la empresa, la débil resistencia que podían oponerles, para penetrar por Sierra Morena, las reliquias del ejército destrozado en Ocaña, y la confianza, de que aprovechándose de la sorpresa de los pueblos y de la ligereza de sus marchas, lograrían, dividiendo sus fuerzas, apoderarse á un tiempo y sin oposicion, de los quatro reynos que componen esta hermosa parte de la península.

Quizà se uniera , para estimularlos mas, la exâcta consideracion, de que invadiendo la Andalucìa, en aquellos dias en que la Suprema Junta Central habia determinado trasladarse de Sevilla á la Real Isla de Leon , parage destinado para la celebracion de las Córtes ; tendrian en su favor la confusion y el desórden de los pueblos ; y aun puede ser , se prometieran , que destruyendo el gobierno, y quedando la nacion en la mas funesta anarquía, se entregaria toda ella á los usurpadores.

Sea qual fuere el valor de estas congeturas, lo cierto es , que antes de espirar el mes de Enero, ya habia ocupado el enemigo los reynos de Andalucìa, y perdido la patria uno de sus mas firmes apoyos. Forzar el paso de la Sierra, dispersarse el ejército que la defendia, deramarse los enemigos por todas partes, y abrirles las puertas las quatro capitales ; todo fué en pocos dias. La falta de gobierno , la sorpresa , el terror que in-

fundian las muchas fuerzas enemigas, y el no haber ejército nuestro, que sostuviese las esperanzas, contribuyeron á facilitar esta conquista á nuestros contrarios. Sola una division de caballería les disputó bizarramente el paso en Alcalá la Real; al mismo tiempo que, retirándose acertadamente la division que habia baxado de Extremadura, con objeto de socorrer á Sevilla, venia a rápidas marchas, á cubrir el importantísimo punto de la Isla de Leon y Càdiz, para defender este fuerte asilo de la libertad española.

No es necesario advertir, que el grave golpe que recibió la patria, con la pérdida de las Andalucias, traia su origen de los pasados desórdenes, que habian debilitado el entusiasmo, y adormecido á la nacion, quando mas necesitaba de energia, para salvarse: no ha menester mas pruebas, para convencerse España, de que el abuso de la autoridad, el egoismo y la indolencia son sus mas

temibles enemigos, y los que mas la pueden arrastrar á su ruina.

Cercana nos parecia verla, en aquellos dias de tribulacion, y casi disueltos con el descrédito del gobierno los vínculos de union y dependencia, que enlazan á las diferentes provincias, y mantienen la unidad de la Monarquia; quando, por nuestra felicidad, reunida en la Isla de Leon la Suprema Junta Central, transfirió la autoridad soberana á un Supremo Consejo de Regencia, que la exerciera interinamente, hasta que las circunstancias permitiesen la celebracion de las Córtes. Con la instalacion de este nuevo gobierno, deseado ya de antemano por la opinion pública, y prescrito ahora imperiosamente por las circunstancias, quedaron frustrados los planes del enemigo, que en gran parte estrivarian sobre nuestras divisiones intestinas; y al mirar cortados los progresos de la anarquía, y meditando sobre el valor de la nacion, sus inmensos medios y los de

las Américas; la firmeza de su carácter, y el odio irreconciliable del pueblo contra sus crueles agresores; renacieron las esperanzas de los españoles honrados.



Si no contentos con las reflexiones, que han brotado de los mismos acontecimientos, queremos ahora echar una rápida ojeada, sobre la parte de nuestra revolución que hemos bosquejado; hallaremos abundante y sazónada mies, en que emplear el raciocinio, para recoger provechosas lecciones; y una demostración de los principios que la política y la moral enseñan, y comprueba la historia.

En una nación sumida en la esclavitud, es necesario que cada desorden del gobierno engendre un vicio en los ciudadanos: no es el peor mal que causa el despotismo, abusar de la autoridad, y trastornar las constituciones; mayores son sus daños, y mucho mas difícil su reme-

dio, quando llega hasta el punto de cor-
 romper las costumbres públicas y domés-
 ticas. Quando se halla entregada una na-
 cion á la violencia y al saqueo de sus go-
 bernantes, que ni siquiera la miran co-
 mo una heredad, sino como una pre-
 sa; casi merece disculpa el egoismo, que
 se apodera de todas las clases y ciuda-
 danos. Los déspotas no miran mas que
 á sí mismos, y no cuidan de la patria,
 que destrozan; los esclavos se ven for-
 zados, á no buscar mas que su interes
 exclusivo, y no el de una patria, que
 no aman ni aun conocen. La indolencia,
 la pereza y el abatimiento, nacen de es-
 te egoismo reconcentrado, que es tan pro-
 pio de los estados sugetos al despotismo:
 no siendo comunes en ellos la gloria des-
 interesada, el amor al nombre é inde-
 pendencia de la nacion, el deseo de fa-
 ma póstuma, y demas afectos nobles, que
 producen las acciones ilustres. Gozar del
 momento presente, mendigar los favores
 de los que exercen el poder, ó quando

mas, retirarse de su vista, para vivir tranquilos; á esto se reduce toda la ciencia y la prudencia de los esclavos. Divididos en clases muy distantes entre sí; ricos los unos en demasía, y empobrecidos extremadamente los otros; el orgullo, la avaricia, y las preocupaciones por una parte, y la baxeza y humillación por otra, nacen de la extrema desigualdad de derechos y bienes. Apenas hay entre ellos, algunas virtudes domésticas, que se escapan de la tala de la corrupción y la tiranía; pero agostadas las virtudes públicas, que solo florecen en el suelo; de la libertad, no hallará la patria las que necesite, quando las busque para su salvacion. Insolencia en los que mandan; abatimiento en los que obedecen; dilapidacion en los que manejan la hacienda pública; mezquindad en los que se han de socorrer las necesidades de la nación; los unos opriimiendo al pueblo, á grave y desigualmente; los otros rehuendo tomar la parte

que les cabe en las cargas de la sociedad; este es el estado que ofrecen las naciones, quando perdidas constitucion y dignidad, obedecen por leyes los caprichos de un poder sin límites.

Haciendo cada qual la aplicacion de estas verdades á la situacion, en que se hallaba España, á fines del último reinado, nos ahorrará el dolor de haberla de hacer por nosotros mismos. Pero nos basta haber notado ya, que solo el carácter pundonoroso de los españoles, la grandeza y esperanzas que les infundió el haber derrocado al infame Valido, y ver sobre el trono al deseado Príncipe; y el sentimiento de indignacion y venganza, al hallarse burlados y acometidos pérfidamente por un alevoso agresor, pudieran despertar nuestra energía, y mover á la gloriosa insurreccion á la desfallcida España. Fruto de este impulso violento, y del amor á la gloria y á la patria, que habíamos podido conservar, fueron las virtudes que tan hermosas des-

engollamos, al principio de la revolución, y los admirables triunfos, que obtuvimos en premio. Mas no es tan difícil salir de la esclavitud, como conservar la libertad: bastan, para lo primero, la union y la fuerza producidas por las pasiones y el entusiasmo; pero son menester, para lo segundo, prudencia suma, sabiduría y actividad, continuacion de sacrificios dolorosos, olvido de los malos hábitos, y severidad inflexible. Sin esto, piérdese la libertad, apénas rescatada; y es imposible que una nacion afianze su independencia, á despecho de un enemigo mas poderoso.

Se ha repetido muchas veces, durante nuestra revolucion, que nunca es conquistada una nacion, que quiere ser libre, por formidable que sea su contrario; y se ha demostrado con repetidos exemplos de historia. No hay, en nuestro sentir, un principio mas constante y evidente; pero hubiéramos querido, que al paso que se repetia, se hubiera pre-

dicado al pueblo, sin cesar, que solo es cierto este axioma político, quando la nacion se fortalece con sus virtudes, para rechazar á sus conquistadores; union, energia, verdadero patriotismo, estos son los fuertes escudos, que guarecieron á las repúblicas griegas, y á la naciente Roma, en la antigüedad; y en tiempos modernos, á la Suiza, á la Holanda, y á los Estados Unidos de América, quando rompieron sus cadenas.

Sin virtudes, no hai verdadera libertad; sin virtudes no se pone á salvo la independencia. Ni bastan las de algunos particulares, este ó esotro sacrificio heroico, acciones extraordinarias aqui y alli practicadas; es indispensable, que todos conspiren á un fin; y que la rigidez del gobierno supla, algun tanto, la falta de los perversos ó perezosos.

La posteridad se negará á creer las sublimes virtudes, que han manifestado, en esta época, algunos pueblos particulares: nada mas frecuente en nuestra re-

volucion, que ver pueblos indefensos, á dos pasos del enemigo, desafiando con osadia su furor; pueblos asolados, cuyos habitantes, refugiados á la maleza de los montes, han vuelto á provocar la crueldad de los agresores; provincias ocupadas por ellos, y cada vez mas animosas. Con igual entereza hemos visto á algunos Magistrados, Gefes, y particulares, negarse á prestar un juramento infame, prefiriendo la proscripcion y las prisiones á mancharse con un delito; caudillos animosos, reuniendo tropas, y oponiéndose á los contrarios, en las mayores agonías de la patria. A la par de esta fortaleza de alma, hemos admirado, repetidas veces, los exemplos mas extraordinarios de desprendimiento, liberalidad y demas virtudes; los unos abandonar sus bienes, sus hogares y su familia, por huir del yugo; otros hacer, á favor de la patria, los mas generosos sacrificios; y seria imposible numerar las virtudes, con que se

han ennoblecido las clases menesterosas, condenadas antes injustamente al abandono y al desprecio.

Aun en esos mismos ejércitos, tantas veces destrozados y dispersos, hemos tenido ocasion de admirar el carácter español; y muchas virtudes notables; soldados sufriendo la desnudez, la indigencia y la mendicidad, combatiendo valerosamente; soldados desbandados en una accion, volviendo á sus banderas, para pelear de nuevo; soldados prisioneros, prefiriendo ir á tolerar esta suerte en pais extraño, á quedarse en su patria, al servicio del usurpador; lo hemos estado viendo de continuo, sin elogiarlo como merecia.

— Si hemos mostrado, pues, tantas virtudes; ¿qué nos ha faltado, para hacerlas fructuosas, y convertirlas en bien de la patria? Nos ha faltado el saberlas unir, digámoslo así, para no dexarlas disueltas, y saber aprovecharnos de la favorable disposicion de la nacion. Por mas

virtudes que ostentáramos, á los principios de la revolucion, nunca pudimos prometernos, que habian de ser comunes á todos los ciudadanos, ni que podian ser duraderas. Creer que el entusiasmo de una nacion, que acaba de tronchar sus cadenas, basta para arrancar las ocultas raices del poder absoluto; para dar energia á los que mandan y á los que obedecen; moderacion á los primeros y actividad á los segundos; integridad á los que administran los caudales del público, y generosidad á los opulentos; en una palabra, para dar virtudes á una nacion, esclavizada por largos años; es no conocer el corazon del hombre, ni el carácter de las naciones.

Pero aunque no sea capaz el entusiasmo, de convertir en virtuosa á una nacion estragada; produce, sin embargo, algunas virtudes, de que se puede sacar utilidad en una revolucion, sabiendo conservarlo. Varios medios se ofrecen, para conseguirlo: quando á una na-

cion se le dice, por primera vez, que es libre, y se le muestra lo deforme de la anterior tirania; no es necesario, para estimularla, halagarla con ideas democráticas; ni ménos, soltarle los vínculos, que la contienen dentro de su deber, y exponerse al tumulto de los partidos; antes bien, si su seso y circunspeccion la libertan de estos excesos, y la conducen tranquilamente á la formacion de un Gobierno, reconocido y obedido por todos, hay medios templados y prudentes, de mantener constantemente su entusiasmo. Hablarle siempre de los anteriores desórdenes, y seguir un rumbo enteramente opuesto en el ejercicio de la autoridad; empezar á aliviarla de algunas cargas injuriosas, y aborrecidas generalmente; entablar una correspondencia franca entre el gobierno y los súbditos, ya manifestándoles todo quanto deben saber, sin perjuicio de la patria, ya dándoles esactas cuentas de los gastos públicos; repartir las gracias y

cargas de la sociedad, entre todas las clases y ciudadanos, con la mayor justicia posible; estos y otros medios semejantes son los que sostienen el entusiasmo nacional.

Engañanse los pueblos en sus juicios, y mucho mas en las crisis políticas, y en el ardor de las pasiones; por desgracia, es cierto; pero no lo es ménos, que la actividad, la justicia y la economía del gobierno son conocidas y estimadas por la nacion, aunque los malévolos ó engañados procuren desacreditarlas. El tiempo descubre el error; las pasiones enmudecen; y el que ha sabido perdonar las injusticias de la opinion, y seguir trabajando en el bien de la patria, vé, casi siempre, el desengaño de la nacion.

Ademas de los medios ya referidos, hay otros muchos, para hacer llevaderos á los pueblos los mas duros sacrificios, renovando continuamente su entusiasmo. A éste fin, usaban los antiguos de sus can-

tares y bayles públicos, de sus juegos y fiestas nacionales; los modernos, aunque no puedan sacar tanto fruto de estos incentivos del entusiasmo, pueden usar de ellos, con conocidísimo provecho; además del que les ofrecen la invención de la imprenta y el uso de los periódicos. Son incalculables los bienes que pueden estos producir, si dejados en la libertad debida, se reprimen, al mismo tiempo, los extravíos de la licencia; pues es tal la influencia de los escritos públicos en el pueblo, que una de las primeras obligaciones del gobierno, especialmente en tiempos turbulentos, debe ser vigilar sobre este punto importantísimo. Exâminar ahora el buen ó mal uso, que háyamos hecho de los escritos públicos, no es oportuno, ni necesario para los que hayan observado el curso de nuestra revolución; repitamos no obstante, que nunca daña la publicación de la verdad, y ménos en una nación, que se anima, al escuchar el peligro, en vez de perder el aliento.

Inflaman tambien el entusiasmo los premios nacionales, y los distintivos honoríficos, siempre que aun queden en la nacion estímulos de gloria, y respeto á la opinion; pero es necesario encomendar á la justicia y á la economia la reparticion de tales premios; si el favor los distribuye, producen un efecto contrario al que se desea; si se hacen comunes, pierden todo su mérito y valor, y son absolutamente inútiles. Pero, en manos de un hábil gobierno, son un tesoro inagotable, que sin gravar á la sociedad, estimula á acciones heroicas, y es su mas digno galardón.

Por mucha influencia que concedamos á la anterior y á las demas causas, que inflaman el entusiasmo; no dejaremos de repetir, que este nunca puede producir virtudes sólidas y permanentes: obra es lenta y tardía, reformar á una nacion; y difícil en tan alto punto, que ni leyes sabias, ni una buena constitucion pueden concluirla, hasta que consigan al ca-

bo de tiempo la mejora de las costumbres.

¿Qué deben, pues, hacer las naciones, que se levantan de la esclavitud? Empezar, sin dilacion, la larga obra de su reforma; y entre tanto, acostumbrar à los ciudadanos à la rigidez del gobierno, y obligarlos con ella à entrar en sus obligaciones respectivas. Leyes suaves y benignas, y una autoridad moderada, para ponerlas en execucion, son convenientes à una nacion, que sabe gozar de la libertad, y en que la educacion y las costumbres hacen las veces de códigos. Pero si ha envejecido en sus malos hábitos, es necesario, para sacarla de la postracion de la esclavitud, un rigor inexôrable. Acostumbrados en ella el perezoso y egoista à yacer descuidadamente; acostumbrados el intrigante y el ambicioso à valerse con provecho de su superchería; sin honor los unos, avarientos los otros; estos malignos, ignorantes aquellos; solo la inflexible vara

de la ley puede encaminar á cada qual por la senda de sus deberes. El castigo justo y pronto del delincuente, de qualquier clase ó condicion que sea, es el que reprime la osadia de las pasiones, ó las mueve, si retardan los actos del gobierno: siendo aun mas evidente este principio, en una revolucion, en que no hay pasion alguna, que no intente aprovecharse del trastorno del órden establecido, y de la confusion y el tumulto.

Tal puede ser el riesgo de un estado, en una crisis violenta, que sea necesario, para que no perezca, desatender las fórmulas y dilaciones establecidas en los juicios, para salvaguardia de la libertad; y aun perturbar aquella exacta graduacion de delitos y penas, que deben observar los códigos penales. La salud de la patria es la ley suprema; y quando aquella peligra, el tardo y el indolente, que no acuden á su socorro, y el que pone estorbos á sus pasos ácia la salvacion, son

casi tan dignos de castigo, como el que directamente conspira contra ella; pudiéndose quizá añadir, que son mas peligrosos los enemigos solapados. El rigor refrena la licencia, y asegura al hombre de bien el uso tranquilo de sus derechos; él establece y conserva la disciplina en los ejércitos, suple en lo posible su impericia, y los conduce à la victoria; él, en fin, remueve obstáculos, halla medios, é impide que se cometan delitos, por temor del castigo cierto, que amenaza à los culpables. ¡Mal haya la necia benignidad, y la cruelísima indulgencia! Por perdonar à una víctima culpable, perecen miles de inocentes; por no añadir un sacrificio mas, quedan inutilizados los innumerables, que ya se han sufrido.

¡No quiera Dios, que nacion alguna confunda el terror del Jacobinismo, con la rigidez de un gobierno, firme y vigoroso! Aquel podrá destruir los demas partidos, y dar impulso à una nacion; pe-

ro la prepara á sufrir el despotismo, obligándola á desecharlo, como su reposo: el temor de la ley, por el contrario, enfrena las pasiones, y contiene á los vicios, para enseñar a los ciudadanos el uso comedido de su libertad.

La severidad y energia del gobierno, y el entusiasmo del pueblo, son, en nuestro sentir, los medios mas á propósito para salvar á una nacion, que recien libertada de la esclavitud, aspira à ser libre. Mas debe no perder tiempo, en ir trabajando en su reforma, sin desmayar en tan difícil y dilatada empresa. En el extremo peligro de una nacion, quando, por exemplo, se halla amenazada ó invadida por un enemigo poderoso; entónces es, quando con mejor éxito puede empezarse á cortar abusos, y á destruir las preocupaciones mas opuestas al bien público. Si el ódio al enemigo es general, y comun el riesgo á todas las clases de la nacion, hallará el que intente reformarla muchos obstáculos superados. En

tales circunstancias, conocen su igualdad todos los ciudadanos; callan las pasiones, acobardadas por el peligro; el riesgo de perderlo todo, disminuye el apego que tenga el hombre á sus riquezas ó à sus injustas prerrogativas; reúnen los partidos opuestos, y modéranse, algun tanto, los zelos de los rivales. Mas no debe perderse el momento: si se aleja el peligro, ofrecerá muchos mas inconvenientes la reforma de la nacion.



GRANADA.

EN LA IMPRENTA DE EJERCITO.

AÑO DE 1813.

